

dicales de su sistema, achaca el mal éxito de su tentativa á los elementos de que se componía su colonia; mas no advierte que el mismo mal que se halló en ella se encontraría en todas las otras en grado más ó menos intenso; y que si bien suponiendo una reunión de hombres más inteligentes y morigerados los inconvenientes no serían por de pronto tan graves, el maligno germen se desarrollaría á la sombra de la misma institución, y lejos de mejorarse los individuos de que constaría la comunidad, se irían maleando cada día más, hasta parar á un estado que les imposibilitaría de continuar reunidos.

El quejarse de los hombres, de su mala índole, de su falta de instrucción y educación, de sus perversas inclinaciones, de sus hábitos viciosos, es empeñarse en resolver el problema, sin contar con uno de sus datos más esenciales; porque precisamente en todas las reformas en que se trata de plantear una nueva organización social, es menester contar con los hombres tales como son en sí, no como nosotros deseáramos que fuesen.

Aun cuando el sistema de Owen fuese muy racional y muy justo, bastaría que exigiese una preparación imposible para que debiera ser mirado como una utopía irrealizable. Mas no está el mal en exigir una preparación en los espíritus de todo punto imposible, sino en que para prepararlos se comienza echándolos á perder, destruyendo el sentimiento de la propia dignidad, negando la libertad, la responsabilidad, la conciencia, anonadando á todo el hombre moral, desenvolviendo todas las pasiones, inspirando amor á los goces, persuadiendo de que nuestro más alto destino es pasar aquí en la tierra una vida agradable y placentera; en una palabra, quitando todos los estímulos que pueden conducir al bien, quebrantando todos los frenos que pueden retraer del mal, y dejando al hombre abandonado al ímpetu de sus pasiones, sin norte, sin guía, como bajel desmantelado en medio de las tempestades del Océano.

Esta breve reseña analítica que acabamos de hacer de

las doctrinas de Owen, es una confirmación de lo que hemos sentado al principio, de que los hombres que contemplan la sociedad, prescindiendo de las luces de la religión cristiana, se extravían lastimosamente, no sólo en lo que toca al origen de nuestros males, sino también en lo relativo á sus remedios; son pésimos filósofos cuando se proponen explicar las causas del malestar del linaje humano, y muy miserables hombres de gobierno cuando intentan destruir la organización existente y reemplazarla con otra nueva que allá en sus sueños excogitaran.— *J. B.*

## BARCELONA.

### ARTÍCULO 3.º

#### SE DESVANECE UN ERROR SOBRE LAS CAUSAS DE SUS REVUELTAS.

Después de habernos ocupado de la parte material de Barcelona, justo es que fijemos nuestra atención en la política, social y moral. Desde luego salta á los ojos que esta ciudad se halla en circunstancias muy excepcionales con respecto á las demás poblaciones importantes de España. Basta pasar de ella á Zaragoza, Valencia, Granada, Sevilla ó Madrid, para palpar la diferencia. Al verla con sus numerosas fábricas, sus repletos almacenes, sus magníficas tiendas, sus elegantes edificios; al notar los hábitos de aseo en todas las clases; al observar el espíritu de trabajo y de adelanto que las domina, diríase que Barcelona no pertenece á España, sino que es una importación que se nos ha hecho de Bélgica ó de Inglaterra, célebre por las

calidades que acabamos de enumerar. Nada se encuentra en ella que no contraste vivamente con la dejadez, la ociosidad, el desaseo que ofenden en otras poblaciones de la Península: todo allí es orden, regularidad, y cuanto indica un pueblo muy adelantado en los ramos industrial y mercantil, y que hace cada día nuevos esfuerzos para progresar más y más en su prosperidad.

Durante la revolución que nos aflige desde 1833, ha representado Barcelona un papel muy diverso del de las otras ciudades, ya sea entrando de lleno en las ideas revolucionarias, ya sea contrariándolas con más energía que en otros puntos: esto no carece de causas que conviene examinar.

Es claro que una ciudad que se hallaba en situación diversa de las otras en lo relativo á la organización social, debía ofrecer en la parte política particularidades características; pues como quiera que las nuevas ideas se introduzcan y arraiguen más ó menos en un país y produzcan efectos varios, según la disposición en que encuentran á los pueblos, es evidente que siendo la situación de Barcelona enteramente excepcional, excepciones debieron también resultar al presentarse en España las innovaciones políticas.

Ante todo debemos advertir que como es ya bien conocido por otros escritos que llevamos publicados, estamos muy distantes de la opinión de aquellos que sostienen que el espíritu de provincialismo propiamente dicho vive todavía en Cataluña; y que esto es el origen de las diferencias políticas que en la misma se observan, cuando se la compara con las demás provincias del reino. El principado de Cataluña, así como el resto de España, excepto Navarra y las provincias Vascongadas, se ha encontrado sometido durante mucho tiempo al poder nivelador de los monarcas de Castilla para que pueda conservar el apego á los antiguos fueros, y la afición á las leyes que de largos años cayeron en desuso, y por consiguiente en olvido.

Así es que en todas las revueltas que hemos sufrido des-

de 1808, se ha visto uniformidad admirable así en el bien como en el mal en las que han agitado puntos los más distantes, y que nada habían tenido de común en idioma, en leyes y en costumbres. Cataluña no ha sido una excepción de esta regla, y si Barcelona se ha desviado algún tanto de la misma, no ha sido por espíritu de provincialismo propiamente dicho, sino por efecto de otras causas que nada tenían que ver con los antiguos fueros del Principado.

Una de las señales más evidentes de que las excepciones que ha presentado Barcelona no eran efecto del provincialismo, está en el mismo carácter de los trastornos que repetidas veces la han perturbado. Generalmente hablando los movimientos de esta ciudad se han verificado en pro de la revolución, lo que no hubiera podido suceder de esta manera, si los elementos que la agitaban hubiesen sido restos del antiguo provincialismo. En tal caso más bien descollara el afecto á las ideas y costumbres de nuestros padres, que no el entusiasmo por las que se nos habían importado de nuevo, y lejos de que Barcelona fuera el foco de la revolución se hubiera unido á la causa que más sostenedores encontraba en los habitantes de la montaña. Para quien haya visto de cerca las cosas, y tenido ocasión de observar la profunda mudanza que ha experimentado Barcelona desde 1808, ni refutación merece siquiera la opinión de que las revueltas de que con tanta frecuencia ha sido víctima, hayan dimanado de espíritu de provincialismo, de pensamientos de independencia, de inveterados odios contra Castilla, de deseo del restablecimiento de los antiguos fueros, de tendencia decidida á recobrar lo que le habían arrebatado lentamente los monarcas, y muy en particular Felipe V después de la guerra de sucesión.

Estas son conjeturas que oídas en el extranjero, ó bien en la otra extremidad de España, pueden hacer alguna ilusión, á causa de que miradas las cosas desde lejos no carecen de visos de verdad. En efecto, quien no haya observado de cerca el origen y el curso de los acontecimien-

tos, ni conocido el estado actual de las ideas y costumbres de Barcelona, ni adquirido noticia de los resortes que en los últimos tiempos se han empleado para conmovérla, convendrá fácilmente en que está lleno de solidez y exactitud el discurso siguiente: «El principado de Cataluña disfrutaba en tiempos no muy remotos un conjunto de fueros, privilegios y libertades, que le aseguraban una organización social y política muy diferente de la del resto de España. Ese pueblo se había manifestado en todas épocas celosísimo defensor de sus leyes y costumbres, no teniendo reparo en hacer frente á los mismos reyes, en hablarles con tono altanero, y hasta en resistirles con las armas en la mano, si alguna vez se propasaban á infracciones de lo que habían jurado en las Cortes catalanas en el acto de su reconocimiento. La historia nos ofrece abundantes pruebas del calor, del entusiasmo, de la tenacidad con que se defendían en el Principado los antiguos fueros y libertades, bastando la guerra de 1640 para darnos una idea del punto á que podía llegar la exasperación de los catalanes, cuando veían atacado ó amenazado lo que amaban más que sus haciendas y sus vidas. Sojuzgados por las armas de Castilla, sometidos á condiciones duras, no perdieron sin embargo su afición á lo que habían poseído durante largos siglos, y continuaron disfrutándolo más ó menos según les permitían las circunstancias. Así es que al sobrevenir la guerra de sucesión á principios del siglo pasado, se desplegó en Cataluña el espíritu de provincialismo tan vivo, tan osado, tan enérgico como en las épocas anteriores, echándose de ver que ni los desastres de la guerra de 1640, ni la compresión que habían sufrido después, ni las precauciones tomadas sucesivamente por el gobierno de Madrid, habían producido el efecto deseado para amalgamarlos y confundirlos en la unidad de la monarquía.

»Si bien es verdad que Felipe V destruyó de una vez casi todos sus fueros, y que desde su elevación al trono cayó en desuso la celebración de Cortes, no obstante el Principado se avenía mal con semejante situación, y mordía

el freno que se le había impuesto en nombre de la victoria. Este freno se ha roto al introducirse en España la revolución, y Cataluña aprovechando esta coyuntura tan favorable, ha soñado de nuevo en su independencia, ha sentido despertarse en el fondo de su corazón sus inveterados odios contra el gobierno de Castilla; y de aquí es el haberse prestado tan fácilmente á separarse de él, ora adhiriéndose al grito levantado en otras partes, ora poniéndose denodadamente á la cabeza de los pronunciamientos, y siempre figurando en todos como uno de los centros más activos, más exaltados de propaganda revolucionaria. Estos elementos que preponderaban en Cataluña, natural era que se hiciesen sentir con más fuerza en la capital; y de aquí es que por necesidad ha debido ser ésta un foco de insurrecciones contra el gobierno de Madrid, haciéndose sobre manera difícil el sujetarla á un orden regular y estable, que por más beneficioso que le fuera, se halla en abierta oposición con sus inclinaciones más fuertes y arraigadas. De este modo se explican los fenómenos que han podido causar extrañeza á la Europa, que habrán parecido anomalías extravagantes, sin embargo de que eran efectos necesarios de la misma naturaleza de las cosas.»

He aquí unas reflexiones que estampadas en un periódico extranjero, parecerían fundadas y juiciosas, y que reunirían tales apariencias de verdad, tal acompañamiento de datos históricos, tal analogía de los sucesos antiguos con los modernos, tal encadenamiento de los hechos presentes con los pasados, que no dejarían de convencer á muchos de los que hasta teniendo pretensiones de imparciales, desinteresados y profundos examinadores del origen, carácter y tendencias de los acontecimientos, prestan crédito á lo que les dice un escritor cualquiera, y se dejan sorprender por sofismas, que conducen á resultados diametralmente opuestos de los que descubre quien, no fiándose en la autoridad ajena, observa por sí mismo las cosas con el debido detenimiento. Y á la verdad ¿no puede de-

cirse que el precedente discurso abunda de apariencias de solidez? Ciertamente; pero en la realidad, analizado en presencia de los hechos ¿es por ventura otra cosa que una mezcla informe de proposiciones falsas y verdaderas, una amalgama de hechos positivos con hechos supuestos; una serie de ratiocinios donde á lo mejor se corta el hilo cuya continuación es menester para probar aquello de que se trata; un cuadro donde se desfiguran totalmente las ideas y costumbres actuales, pasando por alto las causas que las han formado tales como se hallan al presente, y que por lo mismo hace concebir una opinión enteramente equivocada á quien se pague de apariencias de verdad y buen juicio? No cabe duda.

Para convencer más y más de lo que acabamos de decir, presentaremos algunas reflexiones que desvanecen totalmente los argumentos que se aducen en pro del supuesto provincialismo, y que manifiestan el vicio de los ratiocinios en apariencia tan concluyentes.

No puede negarse que Cataluña disfrutaba aun en el siglo diez y siete, de fueros, privilegios y libertades que le daban una organización social y política especial, y que estando muy en oposición con el sistema que regia en otros puntos de España, no le permitía amalgamarse con los demás pueblos bajo el cetro de los monarcas de Castilla. En situación más ó menos análoga se hallaban Valencia, Aragón, Navarra y las Provincias Vascongadas. Pero es indudable también que desde el reinado de Fernando é Isabel anduviéronse quebrantando las resistencias que oponían las provincias á la unidad de la monarquía, y que ora por medios violentos, ora por suaves, ora por desuso, los reyes procuraban enflaquecer y disminuir esa muchedumbre de fueros y privilegios que á cada paso salían al encuentro á la acción del poder central, no dejándole obrar con desembarazo y soltura. Por lo tocante al Principado, ya se echó de ver por el mal éxito de la insurrección de 1640, que no le era dable conservar de sus antiguos fueros sino aquello que tuviesen á bien tolerarle los reyes de

Castilla. En los sesenta años que transcurrieron desde aquella época hasta el advenimiento de la dinastía de Borbón, fueron desapareciendo continuamente las antiguas leyes de Cataluña, no sólo por efecto de la postración en que debió caer después de haber hecho esfuerzos tan colosales como estériles para defenderlas y conservarlas, sino también porque no pudo menos de participar Cataluña de aquel marasmo en que se sumergió la nación entera durante los últimos años de Felipe IV y el tristemente célebre reinado de Carlos II.

Al principiar la guerra de sucesión entre la casa de Borbón y la de Austria, parece que todavía se desplegó en Cataluña el espíritu de provincialismo de una manera bastante fuerte para hacerle representar un papel importante en la encarnizada contienda. No negaremos que una de las causas que sostuvieron la energía catalana en aquella prolongada y desastrosa lucha fuera ese espíritu de provincialismo que hacía de ella una nación aparte, interesándola por honor y por orgullo en cuanto creía que afectaba más ó menos directamente sus intereses, é induciéndola á prescindir del partido á que pudieran inclinarse las demás provincias de España. Mas si reflexionamos sobre aquella guerra veremos que la contienda estaba no entre la monarquía y los fueros, sino entre dos dinastías rivales, y por lo mismo el pensamiento dominante de los catalanes no era á la sazón la defensa de sus antiguas libertades, sino la de una rama á la cual creían asistida de mejor derecho, y que tenía á su favor el ser la que había reinado en España desde la madre de Carlos V, D.<sup>a</sup> Juana la Loca. Por manera que este hecho más bien indicaría que los catalanes comenzaban á avenirse mejor con la monarquía castellana, supuesto que arrostraban tan costosos sacrificios por defender la rama austriaca que hasta entonces había ocupado el trono. Lo que adquiere tanto más peso si se recuerda que en 1702 Felipe V había reunido Cortes en Barcelona y jurado los fueros y privilegios conforme á la antigua costumbre, lo que parece debía

tranquilizar á los catalanes sobre la conducta que en adelante observaría el monarca recién venido.

Como quiera, lo cierto es que el Principado tomó un empeño muy decidido en favor de Carlos de Austria, y que por efecto de la victoria de la casa de Borbón se halló Cataluña sometida á la dura condición de los pueblos conquistados. Ya por este motivo, ya por la política centralizadora que nuestros monarcas heredaron de Luis XIV, y que se avenía mejor con las tendencias y las necesidades de la época, desaparecieron completamente los antiguos fueros; y la antes libre é independiente Cataluña, que por espacio de muchos siglos había formado una nación aparte aun contando el tiempo en que había estado unida á la corona de Castilla, se vió reducida por el fundador de la dinastía de Borbón á la misma línea de las provincias sobre las cuales había pasado ya el poder nivelador de los reyes.

El provincialismo, que venía enflaqueciéndose de mucho tiempo atrás, no pudo resistir á tan duro golpe, y los restos que de él pudieron quedar en las tradiciones y costumbres del país, fueron desvaneciéndose durante el siglo XVIII. A fines del mismo se había verificado en el centro de Europa una revolución colosal que afectó más ó menos á las demás naciones; y si bien la España generalmente hablando rechazó de todo corazón las funestas innovaciones que en el reino vecino se habían ensayado en el orden religioso, social y político, no obstante no dejó de sentirse entre nosotros el sacudimiento que era consiguiente, hallándonos tan inmediatos al cráter del volcán que arrojaba en todas direcciones espantosos torrentes de encendida lava. Desde entonces las ideas tomaron otra dirección, ya sea que se encaminasen por el sendero revolucionario, ya que se aprestasen á la defensa para defender la antigua organización religiosa y política.

A un sacudimiento de esta naturaleza no podían sobrevivir los gérmenes amortiguados de provincialismo: ya no se trata de esta ó aquella práctica, reducida á una ó á muy

pocas ciudades, de esta ó aquella ley vigente en un país muy limitado, de este ó aquel privilegio concedido á determinadas corporaciones. La cuestión se había colocado más alto: estaban en peligro la religión, la monarquía, la antigua sociedad en masa, con sus creencias, sus costumbres, sus leyes, sus instituciones; se había declarado la guerra á todo lo existente, no para introducir livianas reformas, sino para destruirlo del todo y levantar sobre sus ruinas un edificio enteramente nuevo. Claro es que en semejante crisis debió de olvidarse lo accesorio para pensar en lo principal; y así es que desde aquella época data una dirección de ideas que en nada se parece á la antigua; notándose en el pensamiento hasta de los mismos conservadores, más amplitud, más universalidad, y tomando todas las cuestiones un interés cosmopolita que no sólo no puede circunscribirse á una provincia ó á una nación, sino que abarca al género humano.

Con esta revolución en las ideas, que afectó profundamente las costumbres, acabaron de disiparse los restos de localidad en Cataluña, si algunos quedaban en la memoria de sus moradores: en la memoria decimos, porque para quien conozca el estado actual del Principado es indudable que la inmensa mayoría del pueblo, ni recuerdos conserva de las instituciones políticas que formaban el orgullo de sus mayores.

Creemos haber desvanecido completamente esas vulgaridades que se han propalado en España y en el extranjero sobre el supuesto espíritu de provincia y proyectos de independencia abrigados por los catalanes. Debiera haber bastado atender al origen y al carácter de las revoluciones de Barcelona en estos últimos años para disipar un error que se halla en tan fragante contradicción con los hechos, ó no permitirle siquiera que naciese: bastaba reflexionar quiénes eran los hombres de la revolución, cuál la bandera que en ella se levantaba, cuáles las ramificaciones que comunmente tenia con otros puntos de la península para deducir desde luego que los motines no eran producto de

nada de lo antiguo, que eran un achaque enteramente nuevo, que era una dolencia de un miembro que pertenecía á un cuerpo atacado de grave enfermedad y que por consiguiente participaba de la mala disposición y corrompidos humores que afectaban más ó menos á todos los otros miembros.

Ya hemos reconocido desde un principio que Barcelona se hallaba en un estado excepcional, y que por efecto de esto el daño fué mucho mayor, y los síntomas mucho más alarmantes; pero sostenemos al mismo tiempo que esto no dimanaba del provincialismo propiamente dicho, que las causas del mal no eran antiguas sino muy modernas, y que empeñarse en discurrir de otra manera es buscar muy lejos un origen que se encuentra á las inmediaciones del observador.

Conviene no olvidar estas verdades, porque de este olvido podrían dimanar errores de grave trascendencia en la conducta del Gobierno, que tal vez creería ser conducente trabajar en que desapareciese un fenómeno que es una sombra vana, que no existe en realidad. Pensando descargar golpes sobre el provincialismo, sería de temer que no los descargase sobre la provincia. Por lo tocante á la explicación de las causas que crearon para Barcelona una situación excepcional, nos reservamos señalarlas en otro artículo.—*J. B.*

## POLÉMICA RELIGIOSA.

### CARTA UNDÉCIMA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mi estimado amigo: tengo particular complacencia en que su apreciada de V. me exima ahora para siempre de hablarle de la filosofía alemana y de la francesa que es una imitación de ella. Ya tenía un presentimiento de que su

juicio de V. naturalmente recto, amante de la verdad y enemigo de abstracciones, no había de avenirse muy bien con ese lenguaje simbólico y esos pensamientos fantásticos con que esos buenos alemanes han engalanado la filosofía sin duda en los ratos de ocio que les habrá proporcionado en abundancia su clima de escarchas y de niebla. Extraña usted con razón que esta filosofía haya podido cundir en Francia donde los espíritus propenden más bien al extremo opuesto, es decir á un positivismo sensual y materialista. Yo creo que esto ha sido una especie de necesidad, supuesto que habiéndose desacreditado tan completamente la filosofía volteriana, érales preciso á los que querían echarla de filósofos cubrirse con un manto más grande y majestuoso; y como quiera que no tenían ganas de seguir á los buenos escritores que les habían precedido en su mismo país, menester fué dirigir las miradas allende del Rhin y traer con gran ostentación en medio de un pueblo caprichoso y novelero los sistemas de Schelling y Hegel, como portentosos inventos que hubiesen hecho progresar de una manera admirable al ingenio humano. Por lo demás, si he de decir francamente lo que pienso, opino que el genio francés no se acomodará bien con la filosofía alemana, que descubrirá lo que hay en su fondo, á saber, el panteísmo; y que sin detenerse mucho en sutilizar y cavilar sobre la *substancia universal y única*, llegará pronto á la última consecuencia que es el puro ateísmo sin los ambages de palabras misteriosas. En deduciendo este resultado, observará que nada se le dice de nuevo sobre lo que le enseñaran sus filósofos del siglo pasado. Desdeñará, pues, esta filosofía que se apellida nueva como un plagio de otra envejecida y caduca, y entonces será preciso andar en busca de otros manantiales de ilusión, para dar pábulo, siquiera por algún tiempo, á la curiosidad de las escuelas y á la vanidad de los maestros. Esta es la historia del entendimiento humano, mi querido amigo; recorra V. sus páginas, y notará desde luego que el fenómeno que nosotros presenciarnos es la reproducción de lo